

*Porque el cuadrúpedo no mira al cielo,
Como no vuela, no, el reptil tendido.»*

Por este primer terceto, y especialmente por el verso del medio, y aun por el último, se puede adivinar lo que vendrá en el cuerpo de la *epístola*.

«Tenemos héroes de la patria amantes
Que nos conviden á feroz combate,
Pues nadie sufre monstruos vergonzantes...»

Esto último, si viviera D. Antonio Cánovas, lo tomaría por alusión á su persona.

Por último, la composición á doña Cristina empieza así:

«Perseguido por la suerte
Pulso á solas mi laud;
Tendido en el polvo inerte...»

¿El laud, ó usted, D. Juan Pedro?... Porque no estaba de más el que se supiera.

«Perseguido por la suerte
Pulso á solas mi laud
Tendido en el polvo inerte;
Señora, en mi alma se advierte
El hueco de la virtud.»

Sí, hombre, sí, y otros muchos *huecos*...
De virtud (especialmente de humildad), de ciencia, de poesía, de sentido común... de todo, tiene usted hueca el alma.

IV

También los argentinos piden, y con tanta justicia, ciertamente, como los venezolanos, un poco de sitio en este libro para los malos vates de su tierra.

Y también acompañan á su petición los justificantes.

Véase la siguiente carta:

«Paraná y Enero 20 de 1898.

»Sr. D. Antonio de Valbuena.—Madrid.

»Muy señor mío: Como supongo que tendrá usted en preparación algún otro libro de RIPIOS ULTRAMARINOS, le remito esos *versos* con que los vates de la República Argentina atormentan al sentido común.

»Espero, pues, que el ilustre crítico les dé una carda soberana, y en especial á Miguel Piedrabuena, que perpetra una *poesía* titulada «El XX de Septiembre».

»Con este motivo saluda á usted su atento

y seguro servidor q. b. s. m.)—(Hay una firma y una rúbrica.)

Bueno, pues la *poesía* de Miguel Piedrabuena, que es una piedra mala, ó dígase un *canto* despreciable, se titula, en efecto, «El XX de Septiembre», aparece haberse cometido en Paraná en tal día como el que expresa el título, en el año de 1898, y empieza de esta ridícula manera:

«Yo también, italianos, con orgullo
Levanto aquí mi voz modesta, humilde,
(*Y áspera y malsonante, sobre todo*)
Para admirar las glorias de la Italia,
Madre de grandes... pillos.

La última palabra no es de Piedrabuena, sino mía; pero ya ven los lectores que, á más de completar y perfeccionar el sentido, no pierde nada con ella el verso.

Ni la estrofa tampoco.

El verso pasa á ser de siete sílabas en vez de ser de cinco, que no pegaba.

Pues para que pegara bien al final de la estrofa un adónico, necesitaban ser sáficos los tres anteriores, debiendo para ello estar acentuados y cortados de esta manera:

«Yo también, ita—lianoscón orgullo
Levanto aquí mi—voz, modesta, humilde,
Para admirarlas—glorias de la Italia,
Madre de grandes.»

Mas como no están acentuados ni cortados así, sino que el primer hemistiquio es en todos ellos de siete sílabas y no de cinco, según se ve:

«Yo también, italianos—con orgullo,
Levanto aquí mi voz—modesta, humilde,
Para admirar las glorias—de la Italia...»

sienta mejor que el verso corto del final sea también de siete sílabas, como queda con el aditamento que yo le puse:

Madre de grandes... pillos.

Esto en cuanto á la forma.

Por lo que hace al fondo, no es necesario decir que la primera estrofa de Piedrabuena es una tontería.

Porque el pobre Miguel se contradice y echa á reñir unos ripios con otros del modo más desconcertado.

Primero dice que levanta su voz *con orgullo*, y después dice que su voz es *modesta* y *humilde*, sin comprender, el pobre, que el orgullo es tan incompatible con la humildad y con la modestia, como su caletre librepensador con la belleza y con la poesía.

Y además no se dice *la Italia*, sino Italia. Porque ese *la* es un galicismo.

Segunda estrofa...

Pero no; antes de pasar adelante será bue-

no explicar el título de la *poesía*, ó del *canto*, ó de la *pedra mala* de Miguel Piedrabuena.

En el verano de 1870, el Emperador Napoleón III, con notoria deslealtad á lo pactado en una convención anterior (deslealtad que pagó bien cara en Sedán á los pocos días), había retirado de Roma la guarnición francesa que protegía la ciudad santa contra el vandalismo y la rapacidad de Víctor Manuel, el Rey esclavo de las turbas italianísimas, y éstas y sus capitanes, libres ya del miedo á los soldados franceses, atacaron el día 20 de Setiembre á la capital del orbe católico, abriendo la brecha de Puerta-Pía, por donde penetraron, consumando el sacrílego despojo de los Estados Pontificios y obligando á los romanos, *en nombre de la libertad*, á aceptar *por fuerza* la unidad italiana.

Aquella fecha nefasta y aquel hecho vandálico es lo que se propone conmemorar Piedrabuena en su *canto*... rodado.

Del cual, la segunda estrofa dice:

«Yo también que, nacido, cual vosotros...»

¿Quién le habrá dicho á este mamarracho que esto sea *poesía*?...

«¡Yo también que, nacido, cual vosotros!...»

Ni como prosa, sirve.

«Yo también que, nacido, cual vosotros,
En un pueblo de *libres y titanes*,
En mis venas conservo *hirviente y roja*,
Sangre de bravos...»

¡Qué ha de conservar usted, hombre!...

Lo que conserva usted es la decrepitud india y salvaje en el cerebro; pues de otro modo no se explican esos arrebatos librepensantes y libertarios y esos entusiasmos por Mazzini, por Garibaldi, por Cavour y por todos aquellos grandes bribones que, piadosamente pensando, están ya en los infiernos pagando todas sus bribonadas.

Siga usted adelante:

«Yo, que amando del librepensamiento
La *agusta majestad*, y de Mazzini
El *fecundo herbidero* de traiciones
Y desvergüenzas...»

No emplea el Sr. Piedrabuena precisamente estas dos últimas palabras para poner fin á su estrofa, sino que donde yo digo traiciones él dice *gigantes*, y donde yo digo desvergüenzas él dice *efervescencias*; pero no me negarán ustedes que con mi reforma la *poesía* no pierde nada y la verdad gana muchísimo.

Porque, vamos, que ¡hablar de las *efervescencias* de Mazzini, que era un perdulario que no creía en nada!

«¿Y qué puedo decir?...»—pregunta luego el vate.

Nada, hombre, nada—hay que responderle.—No puede usted decir nada de provecho, nada que no sea una tontería, á juzgar por lo que ha dicho usted hasta ahora.

«¿Y qué puedo decir? Vosotros, hijos
De los audaces libres...»

¿Libres, ó liebres?... Porque había de todo.
¡Si viera usted cómo corrieron en Aspromonte... y en otras partes!

«¿Y qué puedo decir? Vosotros, hijos
De los audaces libres pensadores...»

¡Claro! Para usted, Sr. Piedrabuena, con ser libre-pensadores ó *libres pensadores*, como usted dice, ya lo tienen todo. A usted la libertad del pienso es lo que le entusiasma y le saca de quicio.

«¿Y qué puedo decir? Vosotros, hijos
De los audaces *libres pensadores*,
¿Escucharéis de mi alma los acentos
Tristes ó amargos?»

¡No, hombre, no! ¿Qué van á escuchar los acentos *tristes ó amargos* del alma de usted, si esos acentos no son más que sandeces?

De lo cual ya parece usted hallarse convencido, ó por lo menos á medio convencer, en la siguiente estrofa, donde, contestándose

usted mismo á su pregunta de si escucharán aquellos audaces libres, etc., los acentos amargos, dice:

«¿No? Pues desisto de mi *empeño ciego*.»

¡Y que lo digas, hombre! Porque, realmente, era un empeño muy ciego el tuyo. Ya lo había yo advertido.

«¿No? Pues desisto de mi *empeño ciego*
Por cantar un *lirismo* extravagante.»

¡Claro, hombre, claro! Eso es lo que tienes que hacer; desistir de cantar, porque cantas malísimamente. Desistir de tu *empeño ciego*...

Por cierto que eso y lo que yo te aconsejaba, todo es uno.

«Arrojo lejos la enlutada lira...»

¡Bien hecho! Así se hace... Arroja lejos la enlutada lira; pero muy lejos, donde no vuelva á parecer nunca.

«Arrojo lejos la enlutada lira
Por tanto tiempo descompuesta y muda...»

Sí, lo que es descompuesta lo había estado siempre, de seguro; pero créame que el que

haya estado muda no es una desgracia. Al contrario, muda es como mejor está.

«Arrojo lejos la enlutada lira
Por tanto tiempo descompuesta y muda
Y recojo las lágrimas amargas
Del infortunio.»

¿Y en qué las recoge usted? ¿En la lira enlutada? ¿Y quién es el que vierte esas lágrimas que usted recoge?

¡Pero qué manera tiene usted de ensartar desatinos, Sr. Piedrabuena!

«Para cantar el *íncrito denuedo*
De Garibaldi y de Cavour las glorias...
Que son, en vez de glorias, ignominias,
Basta un silbato.

Esta estrofa también me he tomado el trabajo de adcentársela un poco al Sr. Piedrabuena, porque tal como él la ponía era impresentable.

Figúrense ustedes que decía así:

Para cantar el *íncrito denuedo*
De Garibaldi y de Cavour las glorias,
Quiero pulsar de Apolo el instrumento
Dulce y templado.»

Lo cual, acabando como acababa de decir Piedrabuena en la estrofa anterior aquello de

«Arrojo lejos la enlutada lira»,

es una informalidad intolerable.

¿Le parece al Sr. Piedrabuena que puede pasar eso de decir tan pronto una cosa como otra?

En una estrofa: arrojo la lira... lejos, y en otra estrofa ya: pulsar quiero la lira, ó la cítara, ó el laúd, ó lo que sea el instrumento de Apolo...

No, señor; hay que tener más fijeza y más formalidad. Hay que sostenerse en lo uno ó en lo otro.

No haga usted lo que nuestro Pepito Canalejas; que un día dice que es profundamente religioso, y otro día profundamente anticlerical, y otro día partidario sencillamente de la federación obrera... en cuanto su defensa no impida el disfrute del presupuesto.

Y todavía quiere algo más que el instrumento de Apolo el Sr. Piedrabuena, todavía quiere...

Pero mejor es que nos lo diga él en verso malo.

«Y quiero que los *cisnes me reanimen...*»

¡Hombre! ¡Qué tontería!

¿Pero cómo quiere usted que le reanimen los cisnes?...

¿Comiéndolos?... Dicen que no tienen buena carne. Si está usted anémico físicamente, pues intelectualmente ya se ve que lo está, cómase usted buenos bisteks y déjese de volaterías.

¿Escuchando sus *cantos*, ó dígase hablando en plata, sus graznidos?...
Crea usted que tampoco son para reanimar á nadie.

Creo que tampoco son para reanimar á nadie.

Pero siga usted á ver lo que da de sí la estrofa:

«Y quiero que los cisnes me reanimen
Y me inspiren las Piérides divinas...»

¡Apañado está usted! ¡Cuánto hace ya que se murieron esas Piérides!...

Que por cierto eran unas perdidas, según las mejores referencias.

Repitamos:

«Y quiero que los cisnes me reanimen,
(*Ese deseo me parece un crimen*)
Y me inspiren las Piérides divinas
(*Trolas te inspirarán y alicantinas*)...»

Pero no quería yo ahora hacer comentarios, sino presentar completa la estrofa, que lo merece.

«Y quiero que los cisnes me reanimen
Y me inspiren las Piérides divinas,
Y en el nombre del Dios de mis creencias...»

¿Qué Dios ni qué calabazas? ¿No acaba usted de proclamarse librepensador hace un instante? ¿Y no ve usted que los librepensadores no tienen creencias, ni Dios, ni cosa que lo valga? ¿No ve usted, insensato, que el

librepensamiento es la negación de Dios y de toda creencia religiosa?

«¡Y en el nombre del Dios de mis creencias!»

¿Cuál es el Dios de sus creencias?

Será el vientre...

Porque ni los librepensadores ni los burros, que también son amigos del pienso libre, pueden tener otro.

«Y quiero que los cisnes me reanimen
Y me inspiren la Piérides divinas,
Y en el nombre del Dios de mis creencias
Roma, cantarte...»

Y como si no fuera bastante con decir esa tontería una vez, la repite diciendo en la estrofa siguiente:

«Sí, cantarte...»

Buenc; ya estamos enterados.

Quiere usted que le reanimen los cisnes, no se sabe cómo; pues para reanimar á uno, lo que se ha solido emplear hasta ahora es una copa de vino bueno... Quiere usted que los cisnes le reanimen y le inspiren las piérides, y en el nombre del dios de sus creencias, que será el vientre ú otro dios así, con de chica, cantar á Roma, que está ya más cantada que una copla vieja.

Y añade usted, dirigiéndose á la antigua señora del mundo:

«Sí, cantarte con bárbaro estallido...»

¡Hombre! Eso está bien... A lo menos á mí me gusta; porque me gusta la sinceridad. Por eso encuentro bien que usted confiese que va á cantar con bárbaro... estallido...

Aunque no hacía falta la confesión, porque esa será sin duda la única manera como usted puede cantar, por lo que voy viendo: con bárbaro estallido, ó rugido, ó bramido, ó rozno, ó grazno, ó ladrido, ó aullido, ó cualquier otro son-ido, con tal que sea bárbaro.

Pero, en fin, la sinceridad siempre es un mérito, y aunque la confesión esa de cantar en bárbaro no fuera en rigor necesaria, bien hecha está.

Por aquello de que, á confesión de parte, relevación de prueba, que decimos los jurisconsultos.

Siga usted:

«Sí, cantarte con bárbaro estallido,
Con el fuego voraz de viril estro...»

Lo cual ya no está tan bien. Porque eso de cantar con fuego... y con fuego voraz pre-

cisamente, me parece que es una tontería más que otra cosa.

«Sí, cantarte con bárbaro estallido,
(Esto merece ser muy repetido)
Con el fuego voraz de viril estro,
Con la candente estrofa de Voltaire...
Grande y rabiosa.»

¡Atiza!

¡Y cómo se conoce que goza el hombre amontonando, así, fierozas!...

Y majaderías.

Porque, aparte de lo fiero, no es otra cosa que una majadería todo eso de *«la candente estrofa de Voltaire, grande y rabiosa»*.

Precisamente Voltaire no tenía nada de *candente*, ni nada de *grande*, por supuesto, ni de poeta.

Rabiosillo sí, era un poco rabioso; pero de lo demás, nada...

No era más que un tío excéptico, prosáico y frío... frío sobre todo, hasta lo repugnante, que cultivaba el chiste con poca fortuna, y se empeñaba en hacer versos, y los hacía regularmente correctos, pero flojos, pesados, sin inspiración y sin vida.

Tanto, que hoy no hay nadie que sea capaz de leerse toda la *Enriada*, ni en penitencia.

Porque es mayor tormento echarse al colete aquel libro insulso, que dejarse rasgar las carnes á azotes.

Y sigue el Sr. Piedra... ó pedrisco, cantando con bárbaro... estallido, como él dice:

«Y al recordar las víctimas del clero,
A Praga y á Juan Hus, Lutero y Bruno...»

Pero ¿de dónde sacará este gagnápiro que Lutero, verbigracia, fue víctima del clero?

¡Él sí que hizo á muchos cristianos víctimas de sus embustes y de sus perfidias!

Pero decir que fue víctima del clero, cuando gozó de una libertad y de un respeto personal que no merecía...

Por cierto que el no haberle hecho quemar vivo antes de que hiciera tanto daño, fue sin duda el mayor remordimiento, y acaso el único, que se llevó el Emperador Carlos V al otro mundo.

Pero le había dado antes un salvoconducto para que pudiera responder á las acusaciones que sobre él pesaban, y tuvo escrúpulo de faltar á su palabra.

Tampoco los otros danzantes que en compañía de Lutero figuran en el último verso copiado fueron víctimas del clero, como dice el vate.

Pero por eso mismo lo dice, porque no es verdad; pues si el *vate* no dijera mentiras y fuera persona razonable, no sería librepensador, ni mucho menos.

Que continúe barbarizando, ó cantando con bárbaro... estallido.

«Y al recordar las víctimas del clero,
A Praga y á Juan Hus, Lutero y Bruno...»

Claro que este *Bruno* á quien el *vate* llama víctima del clero no es el santo fundador de la Cartuja, sino un mal hombre llamado Giordano Bruno, de quien no ha muchos años hizo la impiedad en Roma una brutal apoteosis.

«Y al recordar las víctimas del clero,
A Praga y á Juan Hus, Lutero y Bruno,
Quiero lanzar de mi alma transformada
Hórrido estruendo...»

Veo que continúa la sinceridad... Muy bien. Este pobre diablo se hace justicia, y no deja nada que decir á los demás en contra suya.

Él mismo dice que canta en bárbaro, y que su canto es un estruendo, y un estruendo hórrido, es decir, un ruido muy fuerte y muy desagradable.

¿Qué más le vamos á decir los de fuera?

Y también al hablar de su *alma transformada* tiene razón y dice verdad el hombre, pues su alma está transformada realmente.

Porque Dios Nuestro Señor la crió alma racional, y ahora resulta que es alma de cántaro.

Por eso añade:

«Y *realzar* el austero patriotismo...»

Verso duro y malo y más largo de lo justo, porque la palabra *realzar* tiene tres sílabas y el vate no la ha contado más que por dos, para lo cual hay que comprimirla y pronunciarla sin la *e*, *ralzar*.

«Y *realzar* el austero patriotismo
De aquellos que descubren la cabeza
Para con ira *desafiar* la turba...
Cual Galileo...»

¿Qué falta hará descubrir la cabeza para desafiar la turba con ira?...

¡Ah! y tampoco se dice *de-sa-fiar*, como el vate quiere y como es menester decir para que haya verso. Se dice así: *de-sa-fi-ar*.

Y aquí el vate pone un par de palitos, ó sea un dos en números romanos, como para indicar que pasa á la segunda parte de su des-composición ó al párrafo segundo.

Y eso que al comenzar no había puesto número primero.

Pero él hace así las cosas á su manera, que es la peor manera posible, la de hacerlas al revés constantemente.

Por supuesto, que el paso de la primera parte á la segunda no se conoce en nada más que en el número romano consabido, pues,

por lo demás, el vate sigue cantando en bárbaro igual que antes, como puede verse.

«Admiro de Cavour y de Mazzini
El talento y la gloria...» ¡Mentecato!

No concluye así el segundo verso del vate; pero á mí me parecía esa la mejor manera de concluirle, y sin darme cuenta estampé la palabra.

«Admiro de Cavour y de Mazzini
El talento y la gloria; en el primero,
El consejo del sabio; en el segundo,
Labia y facundia...»

Y en usted... majadería...

Eso es lo que admiramos todos.

Porque apenas se comprende que sea tan completa y tan grande.

«Admiro la *pujanza redentora*
De Garibaldi» el cojitranco inmundo...

Tampoco este verso le puso así el vate, sino así:

«Admiro la *pujanza redentora*
De Garibaldi, *atlético y valiente*,
Y su odio varonil hacia el mezquino
Vil fanatismo.»

De este modo, á más de la barbaridad aquella de la *pujanza redentora*, tiene la otra

de llamar atlético y valiente al desdichado albañil de Caprera, que nunca fue más que un mamarracho.

Y además la de la asonancia de *mezquino* y *fanatismo* finales de los dos últimos versos, que es una verdadera majadería tratándose de versos libres.

Tras de lo cual sigúe diciendo en vilísima prosa:

«Admiro su entereza y sus esfuerzos
Combatiendo por magnos ideales...»

Sí, por el ideal de enriquecerse y de vivir á sus anchuras, sin Dios y sin ley, como los garañones y demás librepensadores de cuatro patas.

Después de llamar á Garibaldi el *héroe de San Antonio*, no sé por qué, acaso porque era una acémila parecida á las otras cuya guarda suele encomendar la piedad cristiana al santo paduano, nos presenta al perniquebrado albañil ardiendo en deseos de *salvar* á Italia y diciendo:

«...salvarla,
salvarla, sí, de la embriaguez y el lodo
Y voltear su trono corrompido
Es mi deseo.
Y coadyuvan en su obra prometeana...»

¡Este sí que es un endecasílabo de pistón y medio!

Trece sílabas justas..., digo, catorce bien contadas.

De manera que para reducirle á once no hay que decir co-ad-yu-van, sino *coad-yu-van*, en tres sílabas; ni hay que decir «su-o-brá», sino *suó-bra*, así, en dos sílabas; ni tampoco hay que decir pro-me-te-á-na, sino *pro-metiá-na*...

Aparte de que este adjetivo de nueva invención...

¿Que qué quiere decir *prometeana*, preguntan ustedes?

Pues debe de ser cosa propia de Prometeo, ó parecida á Prometeo, aquel á quien constantemente le arrancaba las entrañas un buitre y constantemente le renacían para que el buitre se las siguiese arrancando.

Que es la imagen pagana de la eternidad de las penas del infierno que niegan el vate y demás librepensadores como el vate, porque las tienen miedo; pero no adelantan nada con negarlas, porque aun cuando ellos las nieguen, existen.

Como luce el sol al medio día, por más que algún tonto, cerrando los ojos, diga que no luce.

«Y coadyuvan á *suóbra prometiana*
El pensamiento de Mazzini airado
Y la acción fecundante del valiente
Rey de Cerdeña.»

¡Buena! Antes *trono corrompido*; ahora,

Rey valiente y fecundante, y... ¿en qué quedamos?

«Siente hervir en sus venas azulosas...»

Nada, el Piedra... maldita, éste, no se para en barras; hace los adjetivos como se le antoja, aunque se le antoje siempre lo más extravagante.

Y eso que escribe versos libres... porque á él le encanta todo lo libre, desde el pensar hasta el barbarizar, que en él viene á ser todo uno...; pues si tuviera que buscar consonantes, no sé yo dónde llegaría en la libertad de destruir las palabras.

Y el caso es que ya lo habíamos de ir dejando, porque va siendo demasiado largo este artículo; pero no se puede menos de copiar siquiera otra estrofa.

Que dice:

«Un torrente de luz *innunda el cráneo*
Del *inclito* varón, y se *conmueve*
(¿El *cráneo*, ó el *varón*?... pues *tanto monta*)
Hay *volcánicos igneos cataclismos*
Dentro su cuerpo.»

¡Qué barbaridad!

Cataclismos igneos y volcánicos dentro del cuerpo de un albañil cojo...

Aunque bien mirado... en lo de volcánicos siempre queda un poco de exageración ¿eh? Pero lo de *igneos* acaso no está del todo mal,

porque las borracheras son algo así como cataclismos que encienden la sangre...

Y la estrofa que sigue, también es de órdago:

«Hay *extremecimientos formidables*
En los hondos abismos de su alma,
Y se *crispan* sus nervios, y *tifones*
Lanza su pecho.»

¡Qué barbaridad, otra vez!

¡El pecho de un albañil bebedor lanzando *tifones*, que son, según dice la Academia, huracanes del mar de la China!

¡Lanzar tifones!...

Lo que lanzaría serían tafadas de vino cuando hubiera bebido mucho.

Lo mismo que el vate, que también debe de ser aficionado al mosto.

A lo menos cuando escribió estos versos, no me cabe duda de que estaba borracho.

Si no de vino, de furor anticatólico; pero de una ó de otra cosa, borracho perdido.

Sólo así se explica que cante tan á lo bárbaro como él mismo confiesa y que diga sin poesía, ni literatura, ni sintaxis todos los enormes disparates que ustedes han visto y aun otros mayores si cabe.

Por ejemplo:

«Y allá va...» (Garibaldi, por supuesto)
«Y allá va... ¿no lo véis? vence al Papado
El poder más odioso de la tierra
La más vil abyección, donde se abisman
Los miserables...»

¡Qué animal!... ¡Echa, echa furoros por esa boca, que ya te llegará tu San Martín, como á todos los que gruñen y blasfeman.

Porque además el vate dice en otro verso hablando de la divina religión de Jesucristo:

«De la vil religión los falsos dogmas.»

Y dice otras muchísimas burradas.

Dios misericordioso tenga compasión de este energúmeno.

V

Ya se lo he reprendido varias veces, pero no se corrigen los jóvenes americanos ni se enmiendan de su desenfrenada afición á publicar revistas literarias.

Y á publicar en ellas versos ridículos y prosas detestables.

Para ellos no hay consejos ni amonestaciones que valgan: por más sanos y saludables que sean, por más que los dicte la mejor intención del mundo, no les hacen caso.

Díganles ustedes á esos muchachos, con la autoridad del sagrado libro del *Eclesiastes*, que todas las cosas tienen su tiempo, *omnia tempus habent*; que hay un tiempo propio para enseñar, pero hay antes otro tiempo propio para aprender; que hay un tiempo para escribir, pero hay antes otro tiempo para estudiar, que debe aprovecharse; que hay un tiempo para callar y otro para hablar, *tempus tacendi, et tempus loquendi*; un tiempo para plan-